EL RETRATO

Nunca fui un buen hombre. Tampoco es que aspirase a ser el más pío de la cristiandad o el más justo de los jueces. Solo aspiré a lo que se me dio por nacimiento. Aspiré a ser rey.

El problema es que nadie te enseña a serlo. Quizás si hubiese escuchado más a los que eran más sabios que yo. O hubiese tenido paciencia con mis hermanos antes de haberlos pasado a cuchillo evitándoles la tentación futura de conspirar contra mí… O incluso hubiese tenido la mesura de no iniciar guerras por agravios que tal vez, y solo tal vez, estaban más en mi mente que en la realidad que me rodeaba.

Pero, ¿qué puedes hacer si lo que ves cada día frente al espejo es un ser que te repugna? ¿Un hombre fofo, contrahecho y con la cara picada de viruela? Pues bien, solo hay una cosa que se puede hacer ante tal extremo. Y es…

— Por favor, majestad. Os ruego que no os mováis.

Gruño de mala gana mientras trato de estar lo más quieto posible. Mi retrato, en manos del más virtuoso de los pintores, será mi reflejo ante la posteridad. No me importa que no se parezca a mí. De hecho, es lo deseable pues, por el bien de mi recuerdo, un rostro agraciado y una pose magnánima tal vez logren suavizar a través de la belleza los pecados de un rey que no supo encajar en el papel de hombre.

José David López Gambero